

INTRODUCCIÓN

1. Contexto histórico

San Cesáreo nació en Châlon-sur-Saône (470), Burgundia. No se saben los motivos por los que se dirigió al sur de la Galia donde, después de haber seguido estudios clericales, entró en el monasterio de la isla de Lerins (frente a la actual ciudad de Cannes). Sin embargo al poco tiempo debió dejarlo, pues su salud no resistía las grandes austeridades de esa colonia de monjes semi-anacoretas. Se dirigió a Arlés, donde siguió su carrera eclesiástica y, después de ser ordenado sacerdote, fue hecho abad de un monasterio y finalmente nombrado obispo en el año 500.

Como obispo de Arlés le tocó vivir el difícil momento de las luchas entre Francos, Godos y Burgundios. Esto creaba una situación de caos, decadencia y, finalmente, miseria. A todo ello buscó responder y sus preocupaciones se reflejan muy claramente en sus homilías.

Presidió, como obispo, dos concilios: en el 506 el de Agde, y en el 529 el trascendental concilio segundo de Orange, en el cual, gracias a la síntesis y moderación de su pensamiento sobre la gracia, confirmó la doctrina de san Agustín, depurada de las polémicas pelagianas, como la doctrina propia de la Iglesia sobre dicho tema.

Cesáreo murió el 27 de agosto del 543.

Desde su cátedra de Arlés Cesáreo compuso varias obras y sus sermones, que se conservan con una exactitud muy grande, eran distribuidos a toda parroquia del ámbito de la Galia. Un grupo de esas homilías constituyen un verdadero comentario al Apocalipsis (*Expositio in Apocalypsim*).

Enseñanzas para los laicos acerca de la oración en los Sermones de san Cesáreo de Arlés (470-542)

CuadMon 140
(2002) 67 - 97

Sus obras primeras fueron: *De mysterio sanctae Trinitatis* y el *Breviarium contra haereticos*, dos textos breves donde refleja su problemática pastoral contra el arrianismo, profesado por los Godos.

Otra de sus obras: *De gratia*, es fiel testimonio de su agustinismo, que en esos años (510-530) debía combatir la nueva desviación doctrinal de los semipelagianos.

Como obispo formado en las filas de la vida monástica escribió dos Reglas, una para monjes y otra para monjas. Se caracterizan por el rigorismo y exageración de ciertas observancias, propias del ambiente galo en el que vivía.

Sin embargo su obra maestra son las homilías. En ellas no se debe buscar novedades ni en el plano teológico ni en el espiritual, sino que es heredero y transmisor de una tradición monástica y agustiniana muy notoria. Esto llevó a que, hasta mediados del siglo XX, muchos de sus sermones estuviera puestos bajo la autoría de san Agustín. Pero gracias a los estudios y trabajos de Dom G. Morin pudo hacerse una edición completa, publicada en texto crítico¹.

Más avanzado el siglo XX, Marie-José Delage, fruto de más años de estudio sobre textos sin publicar, emprende la edición de las homilías en tres volúmenes de "Sources Chrésiennes" pero, lamentablemente, sólo decidió publicar hasta el sermón 80, mientras que la colección completa supera las 238 homilías. Los tres volúmenes están dedicados a colecciones de homilías con temáticas semejantes: vol. I: el compromiso bautismal asumido por el cristiano; vol. II: la seriedad moral junto con la misericordia evangélica; vol. III: la purificación de los pecados por la penitencia y oración común eclesial.

Siguiendo esa clasificación por temas, muy claramente delimitados por Cesáreo en sus prédicas, trataremos de presentar los sermones que se refieren a la oración bajo sus distintos aspectos y dimensiones. Y siempre teniendo en cuenta que son todos sermones dirigidos a laicos, dejando para el próximo número los dirigidos a los monjes. A pesar de ello podríamos preguntarnos si es válida esa distinción, pues Cesáreo tiene una sola doctrina acerca de la oración, y la refiere a todos, laicos y monjes. Y esto se pone de manifiesto cuando comparamos sus enseñanzas con las de su contemporáneo, san Benito de Nursia.

¹ Nos referimos a la edición del *Corpus Christianorum*, Series Latina 103-104, Tournai 1963.

2. San Cesáreo de Arlés y san Benito de Nursia

El padre Adalbert de Vogüé ha señalado que muy probablemente estos dos monjes se conocieron mientras vivían, uno en Arlés y el otro en Montecasino². El posible contacto se debe a que el patricio Liberius, prefecto de las Galias del 508 al 536, amigo de Cesáreo³, fundó un monasterio en la Campaña cuyo abad fue Servandus, amigo de san Benito⁴.

Esta relación explicaría las semejanzas que tienen los dos autores cuando legislan acerca del Oficio Divino. Sin embargo la mayor y más importante cercanía se da en la doctrina que los dos exponen acerca de la salmodia y la oración personal. En efecto, cada uno de ellos, uno con una regla (caps. 19-20), el otro con sus sermones, hacen una misma presentación acerca de la oración, lo que ha permitido aclarar y enriquecer las enseñanzas de san Benito.

El Abad de Montecasino en su Regla, después de consagrar los capítulos 8-18 a establecer la forma en que debe ser recitado el Oficio Divino, concluye con dos capítulos (19-20) que hablan de cómo debe ser esa oración, ya no en su organización y modo de distribuir los salmos en cada hora del Oficio divino, sino en el espíritu que debe animarla en su interior. Dice así:

CAPÍTULO 19

EL MODO DE SALMODIAR

1 Creemos que Dios está presente en todas partes, y que *los ojos del Señor vigilan en todo lugar a buenos y malos (Pr 15,3)*, 2 pero debemos creer esto sobre todo y sin la menor vacilación, cuando asistimos a la Obra de Dios.

3 Por tanto, acordémonos siempre de lo que dice el Profeta: *Servid al Señor con temor (Sal 2,11)*. 4 Y otra vez: *Cantad sabiamente (Sal 46,8)*. 5 Y, *En presencia de los ángeles cantaré para ti (Sal 137,1)*.

6 Consideremos, pues, cómo conviene estar en la presencia de la Divinidad y de sus ángeles, 7 y asistamos a la salmodia de tal modo que nuestra mente concuerde con nuestra voz.

² CESÁREO DE ARLÉS, *Oeuvres monastiques*, Paris 1988, 128, n. 4 (Sch 345).

³ Cf. CIPRIANO DE TOULON, *Vita Caesarii II*, 10-15.

⁴ GREGORIO MAGNO, *II Libro de los Diálogos* 35,1.

CAPÍTULO 20

LA REVERENCIA EN LA ORACIÓN

1 Si cuando queremos sugerir algo a hombres poderosos, no osamos hacerlo sino con humildad y reverencia, 2 con cuánta mayor razón se ha de suplicar al Señor Dios de todas las cosas con toda humildad y pura devoción.

3 Y sepamos que seremos escuchados, no por hablar mucho (cf. *Mt 6,7*), sino por la pureza de corazón y compunción de lágrimas. 4 Por eso la oración debe ser breve y pura, a no ser que se prolongue por un afecto inspirado por la gracia divina. 5 pero en comunidad abréviese la oración en lo posible, y cuando el superior dé la señal, levántense todos juntos.

Habitualmente estos dos capítulos fueron interpretados como una referencia a la oración cantada, o salmodia en común (c. 19), y el otro referido a la oración privada, solitaria (c. 20). Sin embargo Cesáreo, en sus sermones, dejó entrever que más que dos realidades distintas, que normalmente parecen entrar en conflicto, se trata de dos momentos de la única realidad que es la oración para la Iglesia: el salmo y la oración silenciosa, que debe seguir a cada salmo⁵. De este modo los dos capítulos se refieren a la misma y única realidad: la oración. Pero una alude a la primera dimensión, que es la escucha de la Palabra de Dios en el salmo (c. 19). Una vez escuchada esa Palabra y rumiada en el corazón de manera silenciosa (c. 20) entonces el orante responde a Dios con sus palabras o afectos del corazón.

Por eso ni la salmodia sola es oración, ni la “reflexión” personal solitaria silenciosa es oración si no estuvo precedida por la escucha de la Palabra de Dios. La oración meditativa se alimenta en la escucha de la Palabra de Dios. La escucha de la Palabra de Dios y la salmodia se hace oración personal cuando se la medita en el corazón en silencio y compunción. La salmodia deposita la semilla de la Palabra de Dios en el corazón. La oración la entierra en lo profundo. *Orar es arar*, dice Cesáreo⁶. La forma en que se sembraba un campo en el siglo VI era: primero tirar la semilla y luego arar, cubriendo con tierra la semilla esparcida, enterrándola y protegiéndola para que pueda germinar.

Esto llevó a grandes discusiones de los conocedores de los Padres de la Iglesia para saber si ellos consideraban a la salmodia aislada como

⁵ VOGÜÉ A. de, *La Regla de san Benito, comentario doctrinal y espiritual*, Zamora 1985, 194-208.

⁶ *Sermón 76,1*.

⁷ *De principiis 1,3-4*.

oración. Pero el estudio exhaustivo de los textos llevó a la conclusión que, salvo dos citas de san Agustín en su Regla, ellos no llaman a la salmodia oración si no estuvo seguida por la oración silenciosa y personal.

Esa claridad con que Cesáreo describe la oración ayudó para entender el sentido de los dos capítulos de la regla benedictina, muchas veces mal interpretados. Es decir, hay una unión indisoluble entre la salmodia y la oración íntima, como dos momentos del único acto de orar. Desaparece la ruptura entre Oficio Divino y oración personal, entre oración privada y oración litúrgica. Ello permitió recuperar los silencios intersálmicos dentro del Oficio Divino, que se había transformado en una recitación ininterrumpida de textos (salmos, lecturas, cánticos). Y es en esos silencios, esenciales en toda acción litúrgica, donde se da esa oración silenciosa, esa meditación del texto proclamado, esa compunción del corazón de la que habla san Benito en su capítulo 20.

3. *El punto de partida patrístico acerca de la oración*

San Cesáreo, en los sermones al pueblo de Arlés, hablándoles acerca de la oración, se refiere a un tema de perenne actualidad: cómo lograr la atención mientras se reza, cómo hacer para no distraerse, y, de manera especial, cuando se está en una celebración litúrgica.

Sin embargo para Cesáreo, heredero de una larga tradición patrística, la falta de atención en la oración no se reduce a un simple problema de lo que puede llamarse atención psicológica. Ese dilema distracción-concentración es para los Padres una de las principales secuelas del pecado de Adán, quien fue el primero en romper con la contemplación en la cual Dios lo había creado, y que sigue siendo el verdadero estado natural de todo hombre. Por eso recuperar ese estado de oración continua, a la que tiende toda alma, es un proceso tan difícil como el rehacer nuestro ser dañado por el pecado original. Sus dos consecuencias principales son: la desintegración de todo el ser del hombre "espíritu-alma-cuerpo", por la cual el hombre puede estar orando ante Dios o en la Iglesia, pero su alma o espíritu están en otra parte. Y la segunda desintegración es la incoherencia de la oración con las obras (tema propiamente agustiniano). Por eso los Padres hablaban de un cierto hastío que produce la dedicación continua a la oración, síntoma por excelencia de nuestro ser dañado por el pecado.

El primero en señalar esta verdadera dimensión de las distracciones en la oración fue Orígenes. En su obra fundamental "Los Principios"⁷,

⁷ Baste citar este breve pasaje con que Doroteo de Gaza comienza sus enseñanzas (*Conferen-*

intentando explicar cómo Adán, dotado de tantos dones pudo caer en el pecado, pone como causa un cierta incapacidad de mantener su ser en oración y contemplación, cosa que luego Adán transmitió a toda la descendencia humana. Aunque esta explicación no nos resulte habitual en la descripción del primer pecado del hombre, sin embargo es fruto de una observación muy sutil y aguda que hacían estos primeros padres de la espiritualidad cristiana: viendo el daño más importante que podía constatar Orígenes en el hombre (no poder mantenerse en la oración continua), no dudó en señalar que esa incapacidad para mantener su espíritu en la oración (esto es, las “distracciones”) era la enfermedad que más radicalmente contradecía nuestro ser, tal como fue creado por Dios en el paraíso. Y en esto están de acuerdo la mayoría de los Padres de la Iglesia en señalar que el hombre fue creado por Dios en el paraíso, en la plenitud de la unión y contemplación de Dios⁸. Y por eso la primera consecuencia del pecado es eso que llamamos “distracción” en la oración y, por eso mismo su restauración será el fruto último de toda la obra de la gracia de Cristo en el hombre. No debe asombrar entonces que estos grandes pilares de la Iglesia, como también las modernas escuelas de espiritualidad, traten de dar una respuesta concreta (con ingenio e imaginación) al mandato de Cristo y del Apóstol Pablo: *Orad sin cesar (Lc 18,1 y 1 Ts 5,17)*, aunque los dos enfoques difieran en mucho.

Por ese carácter de ser lo “natural” para el hombre el estado de oración, podemos decir que para Cesáreo todas aquellas cosas que arrebatan al corazón de la contemplación de Dios traen inquietud, cansancio y una fatiga que siempre acosa el alma del cristiano. La oración sin distracción trae, por el contrario, paz, descanso, “vacación” para el alma, tal como veremos en el *Sermón 100*.

En esa tradición se inscribe Cesáreo de Arlés. La distracción no es un simple proceso psicológico. Es la misma causa de todo pecado, en cuanto el pecado es fruto de haber apartado, al menos momentáneamente, la mirada

cia 1):

⁸1. En el principio Dios creó al hombre y lo puso en el paraíso, como dice la Sagrada Escritura (*Gn 2,15*). Después de haberlo dotado de todo tipo de virtud le dio el precepto de no comer del árbol que se encontraba en el medio del paraíso (*Gn 2,16-17*). Y el hombre vivía en las delicias del paraíso, en la oración y en la contemplación, colmado de gloria y honor (*Sal 8,6*), y poseía la integridad de sus facultades en el estado natural que había sido creado. Dios hizo al hombre a su imagen (*Gn 1,27*) es decir inmortal, libre y dotado de toda virtud. Pero al transgredir el precepto y comer del árbol del cual Dios le había prohibido, fue expulsado del paraíso. Caído de su estado natural se encontró en el estado contrario a su naturaleza...”.

⁹En este pasaje se hace muy clara la distinción salmodia – oración, como también la unidad

de Dios, para ponerla en otra cosa.

Estos primeros padres de la Iglesia fueron también muy observadores para señalar la presencia en el hombre de un vicio que, junto con el orgullo y vanagloria llevaron al pecado a Adán y a su descendencia: la *acedia*. Esta *acedia*, tan desconocida para el hombre de hoy, es una especie de tedio y “saturación” que el hombre experimenta en el continuo combate de la vida interior, y en la oración. Produce un verdadero desgano por las cosas de Dios y del alma, y se manifiesta cotidianamente en la vida del hombre, igual que los otros vicios capitales, queriendo desviarlo de la más natural de sus inclinaciones: la de su ser que es estar unido a Dios. Y, así como el “*hastío*” fue para Orígenes el motivo de la caída de Adán, introduciendo todo el mal en el mundo, del mismo modo la *acedia* es un vicio cuyas consecuencias superan en capacidad destructiva a los demás vicios capitales: hace morir al alma, apostatar la fe y, para el monje, dejar el monasterio.

De este modo, tanto en Adán como en cada cristiano, la incapacidad de orar es mucho más que un problema de distracción y, podríamos decir que ese *hastío* o *acedia* tiene como virtud contrapuesta la “contemplación”. Puede llamar la atención que Cesáreo, a la par de decir al pueblo que no rece a los gritos, que se inclinen cuando el sacerdote les pide, que no se vayan durante el sermón y que no se pongan a charlar con el que tienen al lado, los exhorte a “contemplar”. Indudablemente se trata de algo muy real y concreto y que no es algo reservado puramente para los místicos como un estado pasivo del alma que recibe una gracia particular. La contemplación, para Cesáreo, es una virtud como otras y por eso es tarea de esfuerzo y trabajo para mantener el ojo del alma en las cosas de Dios y no dejarse arrebatar por los molestos pensamientos que atacan como mosquitos al alma.

Todo esto hace de Cesáreo un autor muy realista, para nada ingenuo. Sabe que la distracción es algo inherente a la condición humana caída por el pecado. Y por eso sabe también que lo que está buscando no es el fruto de un método que se aplica y basta. Por el contrario, su modo de ver las cosas parecería un tanto pesimista. ¿Quién puede alcanzar la oración, cuya única escuela es la santidad de vida?. El publicano del evangelio, respondería él. Por eso, sin caer en ningún extremo, Cesáreo nos pone en el corazón mismo de la vida de oración del cristiano.

Con este marco de fondo podemos pasar a ver las enseñanzas de Cesáreo, que contiene toda esa doctrina patristica sobre la oración, y por eso apunta directamente a ofrecer los medios para combatir con todo aque-

llo que busque neutralizarla y señalar los caminos por donde debe marchar el laico para crecer en la oración continua.

que comportan, haciendo que una sin la otra sea verdaderamente estéril.

¹⁰ En el marco de las disputas semipelagianas del siglo VI la expresión “auxilium Dei” significa la “gracia” de Cristo, que es autora de todo bien en el hombre.

¹¹ Aquí Cesáreo presente los tres componentes esenciales de la verdadera oración: salmodia (o lectura Bíblica), súplica silenciosa, obras en coherencia con lo dicho en las etapas precedentes.

¹² La imagen del fariseo y del publicano serán una constante en las enseñanzas de san Cesáreo

TEXTOS

1. LA PALABRA DE DIOS Y LA ORACIÓN

Pasamos a ver entonces el Sermón 76, que es un fiel exponente de las dos realidades que forman toda oración: lectura divina (o salmodia) y oración personal silenciosa.

Sermón 76: Exhortación para que se arrodillen durante la oración y que inclinen la cabeza al recibir la bendición

«1. Yo os suplico hermanos muy queridos, y con amor paterno os exhorto: al comienzo de cada oración, aquel cuya fragilidad le impida tal vez arrodillarse debe, sin tardar, inclinar la espalda y humillar su cabeza; ¿de qué te sirve salmodiar fielmente si cuando terminas de salmodiar no quieres suplicar a Dios?⁹.

Que cada uno, entonces, cuando deja de salmodiar ore y suplique al Señor con toda humildad a fin de merecer, con el auxilio de Dios¹⁰, poner por obra las palabras que su boca ha pronunciado¹¹.

Hermanos, salmodiar es como sembrar un campo, orar es como enterrar y cubrir la semilla, trabajando de nuevo la tierra, en efecto aquel que siembra en un campo si no llega a cubrir enteramente la semilla trabajando, los pájaros vienen y se disputan todo lo que ha sido sembrado. Del mismo modo aquel que siembra en el campo de su corazón la semilla de la palabra de Dios, al salmodiar y al leer, si inmediatamente no las cubre orando y en cierta manera no las entierra, los pájaros vienen, es decir los pensamientos mundanos, volátiles, vanos, vacíos y roban aquello que había sido sembrado en el corazón. Por lo tanto, no cesemos nunca de orar en cuanto hemos dejado de salmodiar si es que queremos que, la cosecha de la misericordia divina, aproveche en el campo de nuestro corazón.

2. Os suplico, hermanos, que cada vez que se ore en el altar vosotros también inclinéis la cabeza, no sea que queriendo orar bien erguidos se

sobre la oración. San Benito utiliza esa parábola de Lucas 18 y la coloca como una inclusión que encierra todo su capítulo de la humildad (c. 7) que comienza diciendo: «*Todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado*» (Lc 18,13). Y termina el capítulo diciendo, v. 65: «Y diga siempre en su corazón lo que decía aquel publicano del Evangelio con los ojos fijos en la tierra: «*Señor, no soy digno yo, pecador, de levantar mis ojos al cielo*» (Lc. 18,14)».

¹³ La imagen de la lluvia es utilizada por los padres para referirla a la “gracia” de Cristo.

cumpla en nosotros lo que está escrito del fariseo que oraba de pie (cf. *Lc* 18,12-15)¹². En efecto, el publicano que, encorvado, se acusaba de sus pecados complació más a Dios que ese fariseo que, bien derecho, alababa sus propios méritos.

Tened cuidado hermanos: mientras unos oran que los otros no estén ocupados en historias frívolas, no sea que estos últimos se hieran con los remedios y se pierdan en aquello que los podría haber salvado, los que obran de este modo tendrán que dar cuenta para su propio daño en el día del juicio tanto por ellos como por aquellos otros a quienes arrastran. Por eso os ruego y os exhorto hermanos: cada vez que se proclama que debéis inclinaros, humillaros, para recibir la bendición no encontréis como algo penoso el inclinar la cabeza pues vosotros no os estáis humillando delante de un hombre, sino delante de Dios.

3. Queridos hermanos, me regocijo de vuestra devoción. Sin embargo algunos, no muy numerosos, es verdad, llegan tarde a las vigiliat y cuando se ha comenzado a leer la palabra de Dios enseguida salen. Yo os suplico de exhortarlos y por vuestro consejo santo y salvador llevarlos a imitarlos como deben.

¿Cuánto tiempo, queridos hermanos, nos lleva toda esta ceremonia? Vosotros mismos podéis ver que es apenas una media hora y es por eso que, por no retrasar a los pobres y a todos los trabajadores para que no lleguen tarde al trabajo, cada vez que está previsto un sermón hacemos recitar enseguida el Salmo 50 a fin de que no se salga más tarde de la Iglesia sino siempre a la hora acostumbrada.

Yo les pregunto, hermanos: si para nosotros que estamos cargados de ocupaciones y de insoportables trabajos no es una carga el recorrer los diferentes libros de las Escrituras y daros a vosotros con mucho esfuerzo medicamentos espirituales ¿Por qué es tan penoso, para algunos de entre nosotros, el recibir, cuando para nosotros no nos es fatigoso el dar? Y ya que el sermón que os doy en la Iglesia será un remedio para aquellos que se sometan a lo que en él se dice y un motivo de juicio para aquellos que lo desprecian, cada uno hará bien en recibir de buen grado la lluvia de la palabra de Dios en el campo de su corazón para que no le suceda que, siendo negligente en recibir la lluvia salvadora, en el futuro se encuentre en la necesidad de, en medio de las llamas del infierno, pedir al menos una

Aquí Cesáreo la asimila a la "palabra" de Dios, con lo cual hace un paralelo sutil. Así como la gracia de Dios no puede actuar sino fecundando el obrar humano, del mismo modo la palabra de Dios oída no da fruto sin la oración silenciosa y personal que la medite.

¹⁴ San Benito transmite la misma enseñanza en su capítulo 20 arriba citado. La "rever-

gota de agua fresca.

Yo os digo, hermanos muy queridos, que debemos desear esa lluvia de la cual dijo Moisés: “Que mi discurso sea escuchado como la lluvia” (Dt 32,2). En efecto, hermanos muy queridos, lo mismo que le sucede a la siembra terrena cuando no recibe la lluvia sino tardíamente, es decir después de muchos meses, lo mismo le sucede al alma que no ha querido escuchar frecuentemente la palabra de Dios¹³. Y ya que la ley de Dios no solamente es lluvia, sino también luz según lo que está escrito: “Tu palabra Señor es una lámpara para mis pasos” (Sal 118,105), que aquel que rechaza recibir la luz de la palabra de Dios tema encontrarse en la necesidad de soportar las tinieblas eternas.

Pero nosotros creemos, por la misericordia de Dios, que gracias a vuestras advertencias y a vuestras reprensiones, agradables a Dios, los negligentes serán llamados al fervor de la fe, a fin de que podamos tener una doble alegría: la de vuestra salud y la de ellos, con la asistencia de nuestro Señor Jesucristo que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

En esta breve homilía Cesáreo señala dos aspectos esenciales de la doctrina de la Iglesia sobre la oración: la unidad entre la *lectio* (salmódica, lectura) y la oración personal, y la relación entre la actitud interior del que ora y la exterior. Así como el publicano, viendo el pecado en su corazón, bajaba los ojos e inclinaba la cabeza, del mismo modo debe hacer todo cristiano. Y el paso inverso: toda postura exterior repercute en un estado interior. Y en esto cabe destacar signos muy concretos que siempre privilegió la Iglesia en la actitud orante del cristiano: de rodillas y la cabeza inclinada. Esa actitud es ya una escuela de oración. Y esta enseñanza, incluida la imagen del publicano es la que enseña también san Benito.

Si a esto agregamos que Cesáreo insiste en la brevedad, como lo hace san Benito en su c.20 arriba citado, vemos que no está presentando nada imposible para cualquier cristiano en cualquier época. El cristiano se sabe escuchado no por el mucho hablar sino por la compunción del corazón.

Dentro de la misma línea de pensamiento, es decir, que el interior del que ora concuerde con lo exterior, con lo que canta y pide, Cesáreo agrega otro elemento que es clave en la escuela de la oración: el Templo. Él sabe muy bien que el Templo de Dios es el corazón de cada cristiano, pero también reconoce que el lugar donde el cristiano se reúne en asamblea (=ecclesia) y que ha sido consagrado como el ámbito donde Dios escucha a

sus fieles es el Templo. Es allí donde fueron a orar los dos grandes modelos de la oración para Cesáreo: el publicano y Ana, la madre de Samuel.

Veamos el Sermón 77 para reforzar sus enseñanzas sobre este tema:

Sermón 77: Homilía exhortando a que se arrodillen para orar y acerca de las palabras ociosas en la Iglesia

«1. Yo os ruego y exhorto, hermanos muy queridos: cada vez que los sacerdotes oran en el altar o el diácono invita en alta voz a la oración, inclinad fielmente no solamente el corazón sino también el cuerpo. En efecto, a la proclamación del diácono doblemos las rodillas; yo que tengo la costumbre, como correspondería, de estar todo el tiempo atento a ello, sin embargo, veo a la mayor parte de los fieles mantenerse derechos como columnas, y eso es algo verdaderamente erróneo y desubicado para un cristiano cuando ora en la Iglesia, porque no es para nosotros sino por causa vuestra que el diácono proclama con su voz el deber de arrodillarse.

Y ya que es especialmente por vosotros, y más particularmente por los negligentes, que se da esta indicación, es justo que la ejecutéis fielmente. Que esa exclamación sea entonces un remedio para aquellos que son dóciles pues ella dará testimonio contra los indóciles según lo que está escrito: “Maldito aquel que cumple con negligencia la obra de Dios” (Jr 48,10). Por eso es conveniente temer hermanos por lo que dice el apóstol: “Estad en oración, sed vigilantes” (Col 4,2), y también: “Orad sin cesar en todas las situaciones, dad gracias” (1 Ts 5,17). Y el Señor ha dicho: “Velad y orad para no caer en la tentación” (Mt 26,41), y también: “Es necesario orar y no desfallecer” (Lc 18,1).

Por eso, aquel que, por algún problema, esté impedido de arrodillarse, que no tenga vergüenza de encorvar, al menos, su espalda y de bajar su cabeza; que reflexione que es gracias a esa humildad que el publicano alcanzó misericordia de Dios (cf. Lc 18,14 ss.), él que no osó levantar sus ojos al cielo sino que con la cabeza inclinada hacia la tierra se golpeaba el pecho, y como un juez severo flagelaba los pecados encerrados en él. Es por eso que ha merecido que el Señor diga de él: “Ese publicano ha descendido justificado y el fariseo no, porque todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será ensalzado” (Lc 18,14 ss.). Es necesario reflexionar también en el ejemplo del fariseo y temer, no sea que por haber orado muy de pie no seamos también nosotros rechazados.

2. Pero puede también suceder que alguno no quiera arrodillarse por que cree estar sin pecados graves. Que Dios aleje este pensamiento de

los espíritus cristianos. Peca muy peligrosamente quién no piensa que peca gravemente y es cuando no se da cuenta que es atacado cuando sufre el más rudo combate. Pero se puede pensar ¿quién no se cree pecador? Sin duda alguna no parece creer tener pecados graves quién no busca, postrado o inclinado, un remedio para su alma.

Tal vez alguno tema ensuciar sus preciosos vestidos. Que aquél que teme manchar sus vestidos al orar tema mucho más conservar su alma manchada al no orar, pues nuestra alma debe tener más valor a nuestros ojos que nuestra simple túnica; por eso debemos temer mucho más que, mientras que guardamos en línea nuestros vestidos, manchemos nuestra alma con el pecado y la negligencia.

3. Quisiera saber si aquellos que no se arrodillan y no quieren bajar su cabeza, si al solicitar al rey o a un juez, o a cualquier otro personaje poderoso, alguna cosa que le es muy necesaria, lo hacen con negligencia y tedio, derechos y con la cabeza erguida. Si cuando intentamos obtener algún bien de este mundo de un hombre hecho de tierra nos inclinamos humildemente casi hasta la tierra, ¿por qué cuando pedimos a Dios la remisión de nuestros pecados y el descanso eterno desdeñamos bajar la cabeza?. No es eso lo que leemos del bienaventurado Elías o de Eliseo y de todos los otros santos de los cuales se dice que se postraban frecuentemente en tierra orando a Dios con una contrición total, y de nuestro Señor mismo está escrito en el Evangelio que cayendo en tierra oró de tal manera que dejaba caer gotas de sangre (cf. *Lc 22,44*). ¿De qué tenía necesidad Cristo para suplicar de ese modo? No tenía necesidad de nada pero nos preparaba por su ejemplo los remedios de la oración. ¡La misericordia ora y la miseria no ora, la caridad ora y la iniquidad no se humilla; el médico ora postrado en tierra y el enfermo no quiere inclinarse; la inocencia ora y la falsedad no ora, él ora, “él, que no ha cometido pecado y en cuya boca no se pudo encontrar engaño” (*1 P 2,22*), y el culpable de numerosos pecados no se quiere postrar. El juez ora y desea perdonar, el acusado no ora para poder merecer recibir su perdón. Aquél que tendrá que juzgarnos ora y aquel que deberá ser juzgado desprecia el orar.

Por eso que nadie se avergüence y, salvo que se lo impida alguna enfermedad, humílese postrado en tierra.

4. Hermanos, debemos venir a la Iglesia como a una fuente viva, a un río espiritual para recibir el agua viva de la cual el Señor ha dicho: “El que tenga sed que venga y beba, el que crea en mí, torrentes de agua viva brotarán de su seno” (*Jn 7,37*), y también: “Aquél que beba del agua que yo le daré no tendrá nunca más sed sino que tendrá en él una fuente de agua que brota para la vida eterna” (*Jn 4,13*), por eso corre felizmente hacia esa

fuentes que vienen fielmente a la Iglesia. Pero, del mismo modo que no se puede beber de una fuente terrena o de un río material, sino es inclinándonos, tampoco podrá tomar el agua viva de la fuente viva, que es Cristo, y del manantial del Espíritu Santo, si no quiere inclinarse humildemente a causa de la palabra de la Escritura, "Dios resiste a los soberbios pero da su gracia a los humildes" (*Pr* 3,14).

5. También, hermanos muy queridos, os exhorto a esto: cada vez que el diácono proclama que debéis humillaros para la bendición, inclinad fielmente el cuerpo y la cabeza porque la bendición no nos es dada por un hombre sino por intermedio de un hombre. Por eso no prestéis atención si tal vez el celebrante es negligente, sino mirad a Dios a quién él representa, pues la bendición que os es dada sabemos que es rocío de lluvia celestial. Moisés en efecto se expresó así: "Que mi discurso sea escuchado como la lluvia y mis palabras sean como el rocío" (*Dt* 32,2).

Vosotros sabéis perfectamente, hermanos, que si la lluvia cae sobre un monte muy elevado ella desciende rápidamente hacia el valle, y es por eso que aquellos que se inclinan humildemente para recibir la bendición imitan a los valles: ellos reciben la lluvia de la bendición divina y la palabra de la Escritura se cumple en ellos: "Todo valle será elevado y toda montaña y colina será abajada" (*Lc* 3,5).

¿Qué significa "todo valle será elevado", sino que todo hombre que se humille será exaltado? ¿Qué significa una montaña y colina serán abajados sino que "aquel que se exalta será humillado?" (*Lc* 14,11). Por otra parte, aquellos que desprecian arrodillarse para orar y bajar la cabeza para la bendición son los mismos que, muy erguidos en la Iglesia, prefieren el charlar más que el salmodiar.

6. Por eso os suplico, hermanos, recibir nuestras exhortaciones y también nuestras oraciones con buen corazón como habéis acostumbrado, y cuando venís a la Iglesia haced aquí solamente aquello que corresponde hacer, es decir, o bien rezar, o bien salmodiar, para que de ese modo podáis, al orar, recibir el perdón de vuestros pecados y al salmodiar llegar a la alegría espiritual. Pero aquél que en la Iglesia se ocupa de historias inapropiadas o desubicadas es evidente que lleva y pone ante los otros como un veneno y una espada, pues ni escucha él mismo la Palabra de Dios, ni permite a los demás el oírla. Un hombre así deberá rendir cuentas el día del juicio de su propia destrucción y de la de los otros. En efecto, también aquellos que salmodian fielmente suplican humildemente por ellos y por los demás. Ellos dan un ejemplo de vida y recibirán la gloria. Pero aquellos que, por el contrario, hayan dado ejemplos no de edificación sino de destrucción deberán

sufrir el castigo, tanto por ellos como por los demás. Aquél que desprecia la salmodia que se calle al menos y guarde silencio, a fin de que, si no se edifica, al menos no destruya a los otros por un mal ejemplo, porque debemos temer aquello que dijo el Señor en el Evangelio: “Toda palabra ociosa, sea cual fuere, que los hombres hayan proferido, deberán rendir cuentas en el día del juicio” (Mt 12,36). Por eso hermanos os suplico, si está mal ocuparse fuera de la Iglesia en charlas vanas ¿qué clase de pecado piensas que es el charlar en la Iglesia?

7. El diablo en efecto, hermanos muy queridos, tiene la costumbre de atacarnos especialmente en los momentos en los cuales sabe que estamos equipándonos contra él con las armas espirituales y, ya que no nos puede echar físicamente de la asamblea de la Iglesia, se esfuerza, en la misma Iglesia, en llevarnos a pensamientos estériles y a ocuparnos en palabras ociosas a fin de poder, por medio de conversaciones vanas y vacías o incluso malas y con pensamientos vanos, robarnos el fruto de la lectura divina o el remedio de la oración, de suerte que sólo nuestros cuerpos manifiesten estar presentes en la Iglesia mientras que nuestro corazón y nuestro pensamiento están ausentes, lejos de la presencia de la divina majestad y es por eso que, en la medida en que podamos debemos resistir, con el auxilio de Dios, a sus engaños, según lo que dice la palabra del Apóstol Pedro: “Vuestro adversario el diablo como un león rugiente ronda buscando a quién devorar, resistidle firmes en la fe” (1 P 5,8). Y también esta otra palabra de la Escritura: “Someteos a Dios, pero resistid al diablo y el huirá lejos de vosotros” (St 4,7). Es por eso hermanos muy queridos que os suplico resistir, con el auxilio de Dios, a ese duro cautiverio del alma y a las historias ociosas que incluso fuera de la Iglesia sabemos que son dañinas. Huyamos de ellas muy especialmente en la Iglesia como venenos del diablo y cada vez que el diácono proclame que debéis arrodillaros para orar o bien bajar la cabeza para la bendición, hacedlo dócilmente y fielmente con una verdadera humildad, a fin de que, orando, vuestros corazones queden liberados de todos los males y que, recibiendo la bendición, merezcan ser colmados de bienes espirituales.

cia” y la “devoción” son las dos disposiciones esenciales en el que está orando en presencia de Dios.

¹⁵ San Cesáreo pone un fundamento muy especial a toda la vida de oración: *Donde dos o tres estén reunidos en mi Nombre, allí estaré yo, en medio de ellos* (Mt 18,20). En toda oración es la Iglesia la que ora. Y si la oración personal es escuchada siempre lo es en atención a ello. Por eso Cesáreo hace una interpretación literal del pasaje de Mateo y luego una exégesis tropológica, referida al hombre.

¹⁶ Cesáreo parte del hecho de que, cuando una persona va a orar se hace presente: ya sea en

Con la asistencia de nuestro Señor Jesucristo a quién pertenecen el honor y el poder junto con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén».

En este sermón, en el que Cesáreo presenta el precepto del Señor: “orad sin cesar” (Lc. 18,1), se establece una comparación muy querida por los Padres de la Iglesia, entre la actitud del que está orando ante Dios con la de aquél que está solicitando algo a algún personaje grandioso de la tierra (autoridades civiles, ricos). De esa comparación Cesáreo concluye que la oración debe ser hecha con reverencia¹⁴. La reverencia es el alma de toda oración pues incluye una mirada a la grandeza del Dios de la Gloria, el Dios propiamente bíblico, y la pequeñez y humildad del hombre que sólo puede recogerse ante Él en una actitud de abajamiento y reconocimiento del favor divino.

el Templo, ya sea en la casa. Unas veces cantando y recitando, otras veces oyendo. Unas veces asintiendo a lo que dice el celebrante, etc., etc. Sin embargo, en todas estas circunstancias no siempre el ser entero de la persona está en armonía con lo que una parte de él está diciendo u orando. San Agustín había dado a este proceso el nombre de “con-cordar” (estar unidos en el corazón) lo que está en los labios con lo que está en el alma. Cada uno suele estar en lugares distintos. Todos deben estar unidos en el mismo lugar: en presencia del Señor.

¹⁷ Para Cesáreo no son los “malos pensamientos” los que nos separan de la oración, sino que son “malos pensamientos” los que separan de Dios, y por ello no sólo las cosas malas, sino también las buenas, pero que aplastan el alma, no dejándola elevarse a su Señor.

En este sentido San Gregorio Magno (+ 604) refiere, acerca de san Benito, un proceso similar: «GREGORIO: Acto seguido, volvió al lugar de su amada soledad y solo, bajo la mirada del Espectador divino, habitó consigo mismo.

PEDRO: No llego a entender del todo lo que quiere decir la expresión “habitó consigo mismo”.

GREGORIO: *Si el hombre santo hubiera querido tener sometidos por más tiempo a quienes, de común acuerdo, conspiraban contra él y eran del todo diferentes de su modo de vivir, tal vez habría excedido la medida de sus fuerzas y el temple de su tranquilidad, apartando la mirada de su espíritu de la luz de la contemplación. Y fatigándose día tras día en la corrección de todos ellos, habría desatendido sus propios quehaceres, y olvidándose tal vez de sí mismo, no se habría desempeñado en provecho de los demás. Porque, cada vez que por alguna preocupación excesiva salimos fuera de nosotros mismos, seguimos -es verdad- siendo nosotros, pero sin embargo ya no nos hallamos con nosotros, porque distraídos por otras cosas, nos perdemos de vista a nosotros mismos» (2º Diálogo III).*

Tanto para Cesáreo como para san Gregorio, recién el hombre está presente ante sí mismo cuando está todo él presente ante Dios. Y por eso brota la pregunta: ¿algún día se dará ese estado, si las mismas necesidades de la vida nos separan de esa atención del alma a Dios? No, efectivamente nunca se dará en esta vida. Pero eso mismo es fuente de oración, como dirá san Gregorio, al hacernos derramar lágrimas por aquello que, deseándolo, no lo tendremos en este mundo.

¹⁸ El uso de los términos “sacrificio”, “sacerdote”, “Templo”, permiten reconocer que toda oración personal tiene una dimensión eclesial y litúrgica, y por ello toma la forma de un “sacrificio

2. LA ATENCIÓN EN LA ORACIÓN: LA COMPUNCIÓN

En el *Sermón 152* Cesáreo entra de lleno en el combate arriba mencionado, es decir, en la lucha por mantener despierta la atención del corazón en el tiempo de la oración litúrgica y personal. Sin embargo, su perspectiva del problema es muy distinta a la que podíamos imaginar.

Sermón 152: Acerca de lo que dice el evangelio: “donde dos o tres estén reunidos en mi nombre...” (Mt 18,20)

«1. Hermanos carísimos: el Señor nos dio una gran confianza al decir en el evangelio: “Donde dos o tres estén reunidos en mi Nombre, allí estaré yo, en medio de ellos” (Mt 18,20). Si se digna estar entre dos o tres, ¿cuánto más cuando todo el pueblo se reúne con fiel devoción en la iglesia y la sociedad de los miembros que concurren se une en el cuerpo de la Iglesia a su cabeza que es Cristo? Dice: “Donde dos o tres estén reunidos en mi Nombre”. Como la reunión corresponde a muchos, vamos a ver de qué manera debe entenderse la palabra divina cuando dice dos o tres¹⁵.

Creo que esto puede ser dicho refiriéndose a uno solo, porque en la casa de Dios puede ser congregado, al orar al Señor, no sólo lo exterior del hombre, sino también los sentidos y deseos interiores; no sólo la fe sino también las obras. Allí el hombre se une y se integra. Pues si alguien va a la iglesia sólo con el cuerpo, pero el corazón entero queda disperso afuera de ella, el exterior entra separado y dividido respecto de su alma. Y, lo que el hombre tiene de más precioso, queda alejado de los favores divinos al quedar el alma retenida en las cosas de esta tierra y es distraída cautivada por la vana palabrería¹⁶.

Por ello, cuando alguno de nosotros se presenta ante su juez para encomendarle su eterna causa, no aparezca uno por dentro y otro distinto

de alabanza”.

¹⁹ En este pasaje Cesáreo presenta la clave de sus enseñanzas acerca de la oración atenta: el hombre que, ante Dios, quiere estar presente él también todo entero, debe entonces recordar la dimensión normalmente más olvidada: sus pecados. Este recuerdo de sus faltas hace presente al hombre ante su propio corazón y tiene el misterioso poder de aliviar, en gran parte, la distracción de los pensamientos pasionales o vanos. Un poco más adelante veremos cómo describe ese proceso de concentración que produce el recuerdo de los propios pecados.

²⁰ Aquí vemos la visión unificada que Cesáreo tiene de la vida espiritual en su dimensión activa (ascética) y la contemplativa (oración). Una es reflejo de la otra. Cuando hay victoria de los vicios en la conducta cotidiana, también habrá pensamientos que, como mosquitos, estarán girando en torno a la cabeza del que intenta orar. Pero hay que reconocer también que es en la oración cuando

por fuera. Nada del hombre y nada que pertenezca al hombre esté ausente (en la oración). Pues si dijo: "Donde dos o tres estén reunidos", ¿cómo se considerará congregado el que está disperso de sí mismo por la divagación de sus pensamientos? Y ¿cómo Dios estará en medio de ti, si tu no estás contigo?¹⁷. Si no está el que pide ¿cómo estará aquél a quien es pedido? ¿Cómo se despertará el juez si duerme el abogado? Es necesario, pues, que lo que dice el sonido de la voz lo obtenga el afecto solícito. Llama adentro, al alma solícita, por la cual te conviene ofrecer todo sacrificio: no corresponde alejar del Templo de Dios al sacerdote¹⁸.

2. Considerando esto, hermanos queridísimos, cada vez que salmodiamos o nos postramos para orar, tengamos presente lo que dice el Apóstol: "Perseverantes en la oración y vigilando en ella" (Col 4,2), y también: "Salmodiaré con el espíritu, salmodiaré con el alma" (1 Co 14,15). Si cuando salmodiamos o insistimos en la oración, los pensamientos mundanos alejan la atención de nuestra alma del afecto de la divina contemplación, nos hacen discurrir de aquí para allá sin ningún fruto para el alma, cautivos de los sentidos. De lo cual, con la ayuda de Cristo, podemos rápidamente huir, sin nos ponemos a pensar con atención en la multitud de nuestros pecados¹⁹. Si suplicamos como conviene, con gran pesar y gemidos por nuestros pecados, esto es, por las cosas malas que pensamos o que indebidamente dijimos, los pensamientos superfluos no vendrán o, si ingresan, mientras no les demos nuestro consentimiento, enseguida, sonrojados, se marcharán. Pues ¿en qué debe pensar el hombre, cuando habla con Dios, sino en su misericordia?. Y como es difícil que no sobrevengan algunos pensamientos, no permitamos que se demoren en nosotros. El pensamiento que viene de la codicia o de la lujuria es como carbón ardiendo que alguien toma en sus manos: si inmediatamente lo arroja al fuego no le hará daño, pero si se demora no saldrá sin algún daño. Y así, por dejarnos estar con negligencia, no sólo los pequeños pecados -como mosquitos que vuelan- nos perturban, sino que también los pecados capitales nos instigan frecuentemente para cometer el mal. Por eso, tal como ya dije, debemos

todos los frutos de las luchas cotidianas alcanzan todo su sentido, poniendo al hombre todo entero en forma dócil y natural, en presencia de Dios.

²¹ No se debe dejar de lado el papel de los ángeles en la vida de oración del laico. Son ellos los intermediarios finales ante Dios, quienes presentan en su presencia, como ofrenda agradable, el tributo de la oración que el hombre le dirige. Nuevamente constatamos esa unidad que Cesáreo presenta entre la oración litúrgica, de la cual los ángeles son partícipes fundamentales (recordar el canto del "Sanctus"), y la personal, de la que aquí está hablando. Lo mismo hace san Benito en su c.7 al presentar la vida del cristiano como la "escala de Jacob", por la que subían y bajaban los ángeles de Dios.

luchar con fortaleza día y noche, con toda el alma y todo el corazón, contra las insidias del enemigo de las que está escrito: son miles y tienen miles de artes para dañar (Virgilio, *Eneidas* VII)²⁰.

3. Si con diligencia atendemos a nuestras conciencias conoceremos que allí se realizan batallas espirituales y según la sentencias del Apóstol Pablo veremos que es un espectáculo para Dios y para sus ángeles (cf. *1 Co* 4,9); y consideramos que en la arena de este mundo debemos luchar contra todos los pecados y crímenes como contra cruelísimas bestias. El que atiende a estas cosas con diligencia, él mismo asiste como un espectador de sí mismo, y por una separación de su alma ve, admirado, las útiles y contrarias luchas de la voluntad, y con el ojo interior considera lo que más le conviene.

Os pido, hermanos, que atendáis con diligencia y conozcáis que en nosotros mismos tenemos un anfiteatro espiritual y una selva bestial, que en los espectáculos es fingida, y que en el ámbito de nuestro corazón, padecemos cotidianamente. Yo, hermanos, no quiero hacer injuria a nadie, a nadie quiero mencionar: vea cada uno en su conciencia qué hay de reprehensible. Pues veo en nuestros actos la ira del león; en los afectos la dureza de los osos; en el alma las variedades de panteras; en la avaricia la rapacidad de los lobos; en la concupiscencia la sed de los burros; en los sentidos las porquerías de los buitres; en la memoria el olvido de los cuervos; en la mentira la falsedad de los zorros; en la envidia el veneno de las víboras; para el ayuno la lentitud de los bueyes; en el corazón la ignorancia de los terneros; en la soberbia la cerviz de los toros; en el descaro la frente de los carneros; en la liviandad la movilidad de las cabras; en las entrañas los callos de los cerdos; en los pensamientos un revolcadero de cerdos; en la lengua dientes de jabalíes; en la conciencia las manchas de los tigres; en la iracundia los cuellos hinchados de los dragones; en los pecados la dejadez de los elefantes. Por lo cual os pido que, conociendo que estamos rodeados

²² Aquí aparece la expresión técnica (*com-punctio* = punción, pinchazón) con que Cesáreo designa la actitud de mirar sus propios pecados. San Gregorio Magno hará de ella una verdadera escuela y guía de toda la vida espiritualidad, sintetizando así las enseñanzas de estos maestros que le precedieron. En su obra "Morales sobre Job" (Libro 23,41) distingue cuatro causas de compunción: 1º: el recuerdo de aquello que fuimos y de dónde fuimos sacados (*ubi fui*: dónde estuve) y su mejor ejemplo es el publicano en el Templo; 2º: el pensar a dónde nos llevan nuestros pecados (*ubi ero*: dónde estaré); 3º: el pensar en las miserias sin número que rodean nuestra vida presente (*ubi sum*: dónde estoy); 4º: el pensar dónde todavía no hemos llegado y cuánto nos falta para ello (*ubi non sum*: dónde no estoy). Por todo ello la compunción es un estado que subyace a toda la vida del cristiano.

²³ Cesáreo emplea mucho la expresión paulina: "nuestra vida está en los cielos" (*nostra autem conversatio in caelis est*, *Flp* 3,20). Sabemos por la Regla de san Benito que la expresión "estilo de vida" (*conversatio*), es un término fundamental para designar la vida del monje (cf. RB Pról. 49; c. 58,17). El

por tantos peligros, supliquemos con atención al Señor, cada uno por el otro. Benditos hermanos y ayudantes, consiervos en el Señor, dirijamos nuestras manos, es decir, nuestras oraciones junto con las buenas obras al Señor. De este modo, viviendo en medio de un peligroso combate en el escenario de este mundo, en el cual nadie es coronado sino quien “luche con dignidad” (2 Tm 2,5), demos un alegre espectáculo a Dios y a los ángeles²¹, para que, venciendo con su auxilio y sometidos los adversarios, con el triunfo nos dirijamos a la patria eterna donde merezcamos oír aquella feliz y deseada voz: “Venid, benditos de mi Padre, recibid el Reino que os está preparado desde el origen del mundo” (Mt 25,34).

4. Todo lo cual podremos merecer, con la gracia de Dios, cuando en la oración estemos con la cabeza inclinada y de rodillas, con toda la tensión del alma, y con todas nuestras fuerzas trabajemos para que ningún pensamiento superfluo o inicu o pueda distraer nuestra alma de una perfecta compunción²². Y, como cuando suplicamos humildemente por nuestros pecados, sabemos que hablamos con el Señor y por eso debemos temer no sea que, poniéndonos a divagar con nuestra mente de aquello que estamos diciendo, hagamos injuria a la divina majestad, ante la cual nos encontramos orando. Es muy cierto, y debemos confiar con toda devoción, que cuando salmodiamos o cuando oramos, si aquello que pronunciamos con la boca está también en el corazón, nuestra oración será escuchada por el Señor. Quien se digne concedérmolo, Él que con el Padre y el Espíritu santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

Esta homilía deja muy en claro que la oración, y lo que en ella nos sucede, es la síntesis de toda nuestra vida y de todas nuestras luchas. La oración no es una actividad más del cristiano, que puede tenerla o no. Es una realidad que siempre está, y que debe saber reconocer y desarrollar.

Esta importancia de la oración, como expresión de lo más profundo del hombre ante Dios, hace que aquello que llamamos “distracción” no sea un simple divagar de la conciencia. Lo que está en la mente y en el alma es aquello que, de facto, centra toda nuestra atención y nuestro ser, es decir, ocupa el lugar de Dios. Y así como los profetas hablaban de Israel como una mujer infiel, por querer compartir más de un marido al acudir a otros

término designa, con propiedad, el lugar propio en el que se desenvuelve la vida de alguien: la tierra, el cielo, el monasterio. Para Cesáreo la patria propia a todo cristiano es la del cielo.

²⁴ En muchas pasajes Cesáreo retoma esta imagen de Ana, la madre de Samuel, que es el ejemplo de la oración de compunción y de la actitud en la oración para el cristiano. Con este ejemplo de Ana Cesáreo pone nuevamente de manifiesto su realismo en la forma de entender la vida del

ídolos, también Cesáreo usa ese mundo de metáforas pero para señalar que aquello que tiene la fuerza para distraer nuestra alma en los mejores momentos de oración, es donde todavía está enraizado nuestro corazón, y por eso todavía ocupa el lugar que Dios debería tener en nuestra alma.

Veamos otro sermón sobre este mismo tema de las distracciones y su significado para el alma.

Sermón 72: Acerca de la oración y de las palabras ociosas

«1. Queridos hermanos, mientras que con la ayuda de Dios nos alegramos por vuestros continuos progresos en la conducta de vida (conversatio)²³, sin embargo hay ciertos puntos en los que vuestra caridad debe recibir una exhortación, y por eso os pedimos que la recibáis, tal como es vuestra costumbre, con generosidad de corazón.

Me alegro, hermanos muy queridos, y doy gracias a Dios al ver cómo concurrís a la Iglesia con prontitud para escuchar las lecturas divinas; pero si queréis hacer completo vuestro progreso y nuestro gozo debéis hacerlo con más prontitud. En efecto, cuando las noches son tan largas, aquél a quien ninguna enfermedad lo detiene, si llega tarde a la iglesia no es sin detrimento para su alma. Por eso os pido, hermanos míos, que así como el comerciante, los orfebres, los fogoneros, y todos los otros artesanos se levantan bien pronto para conseguir lo necesario para las necesidades del cuerpo, ¿no deberíamos también nosotros, antes que aparezca la luz del día, ir a la iglesia, para merecer recibir el perdón de nuestros pecados?

Si los negociantes tienen la costumbre de despertarse temprano para una ganancia monetaria ¿por qué nosotros no nos levantamos por el amor de la vida eterna? Muchos se exponen a los vientos, a las tempestades y navegan de oriente hasta occidente y del occidente al oriente, soportando numerosos peligros, sufriendo muchas veces muy vivamente el hambre y la sed. Si ellos soportan todo eso pacientemente a causa de bienes perecederos, por qué nosotros desdeñamos estar pronto en vela por causa de la vida eterna?

cristiano. Pues esta mujer, Ana, no lloraba por penas profundas del alma en materia religiosa. Lloraba porque no podía tener hijos y era humillada por la criada de su esposo Elcaná. Sin embargo, viviendo una realidad tan humana supo ponerla ante su Dios, de tal modo que su oración no sólo fue modelo de compunción, sino que también mereció ser escuchada por el Señor.

²³ Cesáreo vuelve sin cansarse a este pensamiento central para la vida de oración: sólo la compunción del corazón, que es un movimiento del Espíritu Santo, aleja el alma de las distracciones y las frivolidades. Por otra parte en esta expresión “fuego de la compunción” Cesáreo está señalando

Es por eso que os pido de venir más deprisa y, una vez en la iglesia, darse a la salmodia y a la oración más que ocuparos en historias vanas y profanas. Pues aquél que, viniendo a la Iglesia, se dedica a charlar más le valdría no haber venido, pues, mientras se ocupa de historias inútiles no sólo no salmodia sino que no permite a los otros ni salmodiar ni escuchar las lecturas divinas. El que viene con esas disposiciones, si entra en la iglesia con una falta leve, entra en la casa con una más grande pues al charlotear se lastima a sí mismo cuando en realidad salmodiando y orando hubiese podido acumular medicinas para él y para sus hermanos.

2. Ante todo, hermanos muy queridos, cada vez que nos entregamos a la oración, debemos orar en el silencio y quietud, pues el que quiere orar en voz alta distrae a todos aquellos que están a su lado, quitándoles el fruto de la oración. Que sólo se oigan sollozos, gemidos y suspiros. Nuestra oración debe asemejarse a la de santa Ana, madre del bienaventurado Samuel²⁴ (cf. *1 S* 1,10-13), tal como lo leemos. De ella se dice que, “oraba llorando y sus labios sólo susurraban y que apenas se podía oír su voz”.

Escuchad todos e imitad, ante todo aquellos que oran con un quejido agudo y con voz chillona, sin ninguna modestia, de tal manera que no permiten orar a los otros que están a su lado. Oremos como he dicho, con suspiros, sollozos y gemidos, según la palabra del profeta: “Sollozaba con los gemidos de mi corazón” (*Sal* 37,9). Por eso debemos orar no con una voz potente, sino con una conciencia que grita a Dios.

3. Pero orando, queridos hermanos, en la medida en que podemos, debemos aplicarnos, con la ayuda del Señor, a que ningún pensamiento extraño nos sorprenda, no sea que suceda que es uno el que está en el corazón, y otro el que está en la boca, y así, mientras que nuestra lengua ora a Dios, nuestro pensamiento, ocupado en diversas cosas, no se separe del

el carácter purificador que tiene la compunción (o contrición), que es casi equivalente a la confesión, en una época en que sólo se podía confesar una sola vez en la vida. Al no existir la confesión frecuente (recién nace a fines de este siglo VI) Cesáreo insiste en el rol purificador que tiene la compunción de corazón.

²⁶ A partir de este párrafo hasta el final Cesáreo presenta la otra cara de la oración de compunción, y que es causa de su mismo ser: la imagen del Dios ante el cual estamos orando. Como san Benito, Cesáreo nos pone ante un Dios de Majestad, el Dios de la Gloria, que es comparable con los grandes señores de este mundo, ante quienes se asume, de forma espontánea, una actitud de humilde reverencia.

²⁷ Cesáreo no hace sino repetir lo que el Señor decía en el Sermón de la Montaña: *Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón* (*Mt* 6,21).

²⁸Esta cita del salmo es un clásico en los tratados patrísticos contra la *acedia*. Se trata de una

sentido de la oración y agregue por eso un pecado, donde hubiese podido encontrar un remedio.

En efecto, si quieres presentar cualquier causa urgente a una persona poderosa y súbitamente, después de haber comenzado cortas el discurso por la mitad volcándote en bufonerías ¿te das cuenta de la afrenta que estás haciendo a la persona con la que hablabas? O bien, ¿no ves la cólera que produces y que caerá sobre ti? Por eso si cuando hablamos con un hombre nos esforzamos por tener toda la atención de nuestro espíritu puesta en él, por temor a que, al pasar a otra cosa, causemos una afrenta a aquél con quien hablamos, cuánto más, cuando hablamos con Dios en la oración, y le damos a conocer la miseria de nuestros pecados ante su gran majestad, ¿no nos da vergüenza y no nos sonrojamos al divagar de aquí para allá, con los sentidos prisioneros, y distraídos en numerosas ocupaciones, apartando nuestros ojos de la divina majestad?

Por eso que todo el que se postra para la oración rechace, con la ayuda de Dios, de su espíritu atento, todos los pensamientos superfluos, de tal manera que nuestra alma, inflamada por el ardor del Espíritu santo, consuma por el fuego de la compunción²⁵ y de la oración y aleje el divagar y deambular de los pensamientos, de tal manera que sólo encuentren lugar las virtudes y las santas meditaciones.

4. Queridos hermanos²⁶: todo persona transforma en dios aquello en lo que piensa con suma atención en el momento de la oración, y parecerá que es a ese dios a quien adora como su señor. Y esto, queridos hermanos, me produce un tremendo terror y un dolor inmenso cuando, en el mismo corazón de la oración el espíritu es raptado por las ocupaciones mundanas y mientras presenta una cosa con palabras, el alma se separa, partiendo lejos. Es como si tuviésemos algo más importante en qué pensar cuando hablamos con Dios, que no sea el perdón de nuestros pecados y la gracia divina, que es lo que tenemos que pedir con todo nuestro corazón, con toda el alma, con toda nuestra mente.

Imaginemos, por ejemplo, que alguien se pierde tanto en la oración que piensa estar en el foro. Si piensa en el foro es al foro a quien adora. Otro se distrae de tal manera que tiene ante sus ojos la casa que está edificando o reparando. Eso que tiene ante sus ojos es lo que adora. O tal vez se piensa en los viñedos o en el jardín, o en cualquier otra cosa. Aquello que ha colocado ante los ojos de su corazón, eso es lo que tiene por dios en esa oración.

invitación a la quietud, al ocio. El texto griego dice: "sjolásete", derivado de "sjolé" (=escuela), nombre que se daba, entre los griegos, a la actitud de el discípulo que ingresaba en el escuela de un maestro

Y callo lo que pueden ser pensamientos malos o, tal vez, impuros y vergonzosos²⁷.

Reflexionad, queridos hermanos, os lo suplico, y ved qué duro es ese cautiverio que hace que, en el momento en que la lengua da la apariencia de hablar a Dios, toda la atención del espíritu está dirigida hacia la tierra, los muros o las piedras. Y si es penoso que esas cosas, en las que podemos pensar y a las que podemos ver lícitamente en otro momento, nos distraigan durante la oración, imaginemos cuánto más malo será si, en medio de la oración pensamos en aquellas que son ilícitas de pensar, incluso en cualquier momento, es decir, si durante la oración colocamos ante los ojos de nuestro corazón la concupiscencia, el odio, la cólera o la lujuria o el adulterio o todos los otros pensamientos de ese género. Por eso hermanos, desde lo más profundo de nuestra conciencia, supliquemos al Señor que se digne librarnos de esos engaños del demonio y nos conceda el perdón de nuestros pecados.

5. Es por eso, queridos hermanos, por lo que os suplico más y más, si no es posible escapar completamente a esos cautiverios del alma, esforcémonos, al menos, en la medida en que lo podamos, con el auxilio del Señor, para que se demoren lo más posible en llegar, no sea que cuando oramos pensemos en otra cosa por negligencia, y de ese modo encontremos en Dios a alguien molesto, allí donde hubiésemos podido encontrar gracia.

Oremos entonces hermanos no sólo por nosotros sino por todos los cristianos, estén donde estén; supliquemos la misericordia de Dios no sólo por nuestros amigos sino también por nuestros enemigos. Y, como el Apóstol dice que "no sabemos pedir como conviene" (*Rm 8,26*), pidamos siempre con insistencia por nosotros y por todos los demás para que Dios se digne darnos lo que sabe conviene a nuestra alma. Ante todo, hermanos, digamos al orar la oración dominical, pues sin duda alguna Él escucha de buen grado la oración que él mismo instituyó en su inefable bondad. Por eso hermanos queridos, si, bajo la inspiración de Dios, acojéis mis consejos de buen grado, como siempre lo hacéis, y si os esforzáis por ponerlos en práctica, en la medida en que Dios os da la fuerza, a nosotros nos llenaréis de gozo y a vosotros os prepararéis el reino, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, que reina por los siglos».

Podemos decir, siguiendo el hilo de los razonamientos de Cesáreo,

en filosofía, dejando de lado las tareas mundanas.

y viendo la insistencia con la que vuelve al tema de las distracciones, que el estado de oración es el propio de nuestra alma. Cuando está fuera de la oración cae cautiva de cosas, buenas o malas, pero que la rebajan de su condición natural, del estado en que fue creada.

Pero vamos a ver un pasaje de un sermón más largo (*Sermón 100,4*), dedicado a los tres primeros mandamientos de la Ley del Sinaí, en el que Cesáreo nos describe el proceso psicológico de la compunción y por qué es lo único que puede llevarnos a una oración concentrada y sin distracciones.

Comentando el tercer precepto del decálogo (santificar el sábado) Cesáreo dice:

«En este tercer precepto se pone de manifiesto una suerte de vacación, a saber, el descanso del corazón, la tranquilidad del alma, que es fruto de la buena conciencia; allí está la santificación, porque allí está el Espíritu de Dios; ved la vacación, ved el descanso: “En quién, dice el Señor, descansaré, sino en el humilde y tranquilo, que tiembla ante mis palabras” (*Is 66,2*). Los inquietos se alejan del Espíritu Santo, igual que los que aman las peleas, los que siembran calumnias, los que aman más las peleas que la caridad. Por su inquietud no dejan que llega a ellos el Sábado espiritual.

El Sábado espiritual no lo observan sino los que de tal modo disponen de las cosas terrenas que se pueden entregar, no siempre pero sí con frecuencia, a la lectura y a la oración, como dice el apóstol: “Atended a la lectura y a la doctrina” (*1 Tm 4,13*); y también: “Orad sin cesar” (*1 Ts 5,17*). Los que son así están en el Sábado espiritual. Los que son terrenos y se comprometen con las cosas del mundo, de quienes está escrito: “las cosas del mundo los hicieron miserables”. Éstos no tienen Sábado, es decir, reposo. Los que luchan contra esta inquietud tienen el Sábado en el corazón y la santificación del Espíritu de Dios. Está dicho: “Sé manso para oír la palabra, para comprender” (*Si 5,13*). Por eso, cesa en tu inquietud, no haya ningún barullo en tu corazón a causa de la corrupción con imágenes que vuelan como mosquitos que te inquietan y te pican (compungen). Debes atender al Señor que te dice: “Aquietaos y ved que yo soy Dios” (*Sal 45,11*)²⁸. Tú, por la inquietud no quieres aquietarte y enceguecido por la alteración de tus luchas quieres ver lo que no puedes.

Atiende a la tercera plaga, contraria a este tercer precepto. Los mosquitos nacen en la tierra, del limo de Egipto, son moscas pequeñísimas, muy inquietas, que vuelan en desorden, metiéndose en los ojos, no permitiendo descansar a los hombres. Cuando se las espantan vuelven, aunque se las expulse retornan. Igual que estas moscas son los hombres inquietos

que no quieren observar el sábado espiritual, esto es, que no se aplican a las buenas obras, a la lectura y a la oración. Así las imaginaciones del corazón de los que tienen conflictos, y así, como el cuerpo humano es afligido por los mosquitos, así el corazón de éstos es inquietado y picado (*compungitur*) por diversos pensamientos».

La compunción de corazón juega el mismo papel, pero en el alma, del que tiene cualquier punción para el cuerpo: concentra toda la atención en el lugar donde picó o está picando (p. ej. el mosquito) y difícilmente alguien pueda distraer su atención de la picadura. Es más, se produce una suerte de concentración exagerada, pero que nadie puede distraer. Ese es el papel de la compunción en la vida espiritual.

Por otra parte este último texto puede ser considerado un pequeño tratado sobre el “ocio espiritual”. Decíamos en la Introducción que el vicio de la *acedia* es aquél que aleja el alma de la oración, sintiendo un verdadero hastío por retener la atención en él. Desde Evagrio Póntico la virtud opuesta a la *acedia* fue el “ocio”. Es la quietud del alma que permite mantener la mirada en Dios a pesar de los combates del desganado. La inquietud y la multiplicación del trabajo y ocupaciones exteriores son indicios de que el alma ha caído en esa *acedia*, que es como una muerte del alma. El estado natural del hombre, en aquel que fue creado y recreado, es el del ocio, es decir, la quietud y serenidad del alma, que siempre es capaz de levantar los ojos al cielo. Tener ocio no es estar desocupado sino luchar en el duro combate de “aquietar” (*Sal* 45,11) el alma que, desde la caída de Adán, huye fuera de sí y se autodestruye en un multiplicarse en obras externas para tratar de cubrir el vacío interior.

3. LA ATENCIÓN DEL CORAZÓN Y LA MEMORIA

La última observación que podemos señalar es la que hace Cesáreo acerca de la memoria. Todos aquellos pensamientos e imágenes que vienen en el tiempo de la oración no son cosas que aparezcan allí por primera vez, sino que fueron atesoradas por medio del recuerdo y la observación. Lo que él pide a sus fieles, y con una sabiduría muy bíblica, es que también recuerden todas las palabras buenas oídas, los textos de las Escrituras (algún salmo), y de ese modo lo que brotará en los momentos en que la memoria e imaginación trabajan solas no son únicamente cosas nocivas, sino aquellas que aprovechen para la salud del alma, y por eso el corazón no se distraerá durante la oración, porque está colmado de buenos recuerdos y tendrá en la memoria cosas que ayuden en el momento de la oración.

Veamos el *Sermón 6*:

«1. Demos gracias a Dios, hermanos muy queridos, de habernos permitido, a pesar de las múltiples ocupaciones, presentarnos nuevamente delante de vuestra santa asamblea. Dios en su bondad lo sabe bien: la misma posibilidad de venir 2 o 3 veces por año no bastaría para llenar nuestros deseos. Cuál es el Padre, en efecto, que no desea ver a sus hijos continuamente y en particular a los hijos fieles y buenos. Dios quiere conceder a vuestras oraciones que, habiéndonos acogido con una caridad tan grande, podáis encontrar en nosotros algún bien y que nosotros veamos siempre en vosotros aquello que nos puede llenar de gozo. De este modo alegrándonos como corresponde por vuestra querida presencia, aprovechemos esta ocasión de ocuparnos, en la medida en que el Señor nos lo permita, de nuestra común salvación.

Hermanos muy queridos, cuando os exponemos cualquier cosa útil para vuestras almas que nadie trate de excusarse diciendo: “No tengo tiempo para leer”. Es por eso que no conozco los mandamientos de Dios ni los observo. Que ninguno vaya a decir jamás: “No sé leer; yo no seré juzgado como culpable si hago algún tipo de violación a los mandamientos de Dios”. Eso es una excusa vana, hermanos muy queridos, y no sirve de nada. En primer lugar, si alguno es analfabeto y no puede leer las Escrituras Santas nada le impide escuchar con buena voluntad a aquel que lee. En cuanto a aquel que sabe leer ¿no puede acaso procurarse los libros donde pueda leer con provecho la Santa Escritura?

Alejémonos entonces de las charlas vanas y las bromas de mal gusto, rechacemos en la medida que nos sea posible la ociosidad y las cosas inconvenientes y veamos si es que no nos queda tiempo para consagrar a la lectura de la Escritura Santa, huyamos los almuerzos muy abundantes que nos tienen ocupados hasta la tarde, despreciemos también esas cenas a las cuales muchas veces nos invitan y que nos llevan a permanecer hasta medianoche y durante las cuales la ebriedad debilita nuestro cuerpo, las obsenidades y las bufonerías hieren, tal vez mortalmente, nuestra alma. Huyamos de esas diversiones perniciosas que debilitan el alma y los cuerpos y veremos entonces que nos queda tiempo para pensar en la salud de nuestra alma.

2. Cuando las noches son más largas no es posible dormir tanto que no nos quede tiempo para leer personalmente o escuchar a los otros leer la Escritura Santa al menos durante 3 horas. Por cierto, aquellos que,

como ya he dicho, se entregan a la gula hasta medianoche no podrán leer los libros santos pero nosotros si queremos agradar a Dios y meditar atentamente en la salud de nuestra alma debemos amar la sobriedad y huir bien lejos de la ebriedad, como si fuese un pozo del infierno. Estad atentos, os ruego hermanos, y no ignoréis lo que estoy diciendo. De hecho conocemos comerciantes que, siendo analfabetos, buscan empleados instruidos y que, aunque no puedan leer ellos mismos, hacen grandes ganancias pagando a otros para les lleven las cuentas. Y si esos hombres que no saben leer toman para su servicio empleados instruidos para adquirir una fortuna terrestre, tú, quien quiera que seas, que no sabes leer ¿por qué no te ocupas de que alguien, dándole una justa paga, te lea regularmente la Santa Escritura a fin de que puedas también ganar las recompensas eternas. Con mucha seguridad, hermanos, aquel que se dedica con diligencia a esto sepa que le será de mucho provecho para la eternidad. Pero aquel que no quiere leer ni él mismo los textos santos ni escuchar con buena voluntad a alguno que le lea, que no piense que va a sacar algún provecho de esa actitud. Por eso hermanos os suplico y os aconsejo insistentemente: quien quiera que sepa leer, lea frecuentemente la Escritura Santa y los que no saben leer, cuando los otros leen escuchen con un oído atento, pues la luz del alma y su alimento eterno no son otra cosa que la palabra de Dios sin la cual el alma no puede ni ver ni vivir; en efecto como nuestro cuerpo muere si no toma alimento, del mismo modo nuestra alma se va debilitando si no recibe la Palabra de Dios.

3. Pero algunos dicen: Yo soy un paisano y estoy continuamente ocupado en los trabajos de la tierra, no puedo ni escuchar ni leer el texto divino. Sin embargo cuántos hombres de campo y mujeres saben de memoria canciones de amor verdaderamente escandalosas y diabólicas y no cesan de cantarlas. Son capaces de retener y aprender aquello que el diablo les enseña y no pueden retener aquello que Cristo les muestra.

Sin importar qué actividad tengas sería mucho más fácil y preferible, sería mucho más útil estudiar el Credo, de tener frecuentemente en el alma la Oración del Señor (Padre nuestro), algunas antifonas, los salmos 50 y 90, y unir así el alma a Dios liberándola del diablo. En efecto, mientras las canciones escandalosas nos llevan a las tinieblas del diablo los cantos sagrados muestran la luz de Cristo, por eso que nadie diga: “no puedo retener lo que se lee en la Iglesia”, sin duda alguna si verdaderamente lo quieres podrías, comienza por querer e inmediatamente comprenderás, y para que nadie pueda distanciarse de las buenas obras quiero, por la gracia de Dios, daros algunas explicaciones.

4. El cuidado de nuestra alma, hermanos muy queridos, es en muchos puntos semejante al cultivo de la tierra. En efecto, del mismo modo que en una tierra cultivada se arranca de un costado, se elimina de otro hasta la raíz para poder sembrar el buen grano, del mismo modo debemos hacer con nuestra alma: arrancar aquello que es malo y plantar lo que es bueno, extirpar aquello que es nocivo y transplantar aquello que es útil; sacar de raíz el orgullo y plantar la humildad, expulsar la avaricia y guardar la misericordia, despreciar la lujuria y amar la castidad. Verdaderamente así como no se puede plantar nada antes de haber arrancado las hierbas malignas no podrás plantar en tu alma las santas semillas de las virtudes si no has sacado antes las espinas y los brotes de los vicios. Por eso dime: quien quiera que seas tú que dices que como no sabes leer no puedas cumplir los mandamientos de Dios, dime: ¿quién te ha enseñado a podar tu viña y a plantar las cepas nuevas?, ¿quién te ha mostrado como se debe cultivar la tierra?, acaso no has debido oír o interrogar de todo eso a los mejores cultivadores. ¿Por qué entonces no te preocupas del mismo modo por tu alma como lo haces con tu campo?.

5. Prestad atención, os suplico hermanos, existen dos clases de campos: uno es el campo de Dios el otro el del hombre; tú tienes tu propiedad Dios también tiene la suya; tu propiedad es la tierra, la propiedad de Dios es tu alma, ¿es justo que tú cultives solamente tu propiedad y dejes abandonada la de Dios? Si cultivas tu tierra y no cultivas tu alma estás poniendo en orden tu propiedad y dejando en desorden la de Dios ¿es justo esto hermanos?, acaso Dios merece que despreciemos nuestra alma que él ama tanto. Si tú te regocijas al ver tu propiedad cultivada ¿por qué no te lamentas al considerar tu alma descuidada?. De los campos de nuestra propiedad nosotros sacamos lo necesario para vivir los pocos días de esta vida, del cultivo de nuestra alma vamos a sacar para vivir sin fin en el cielo. Por eso es en ello, es decir, en el cuidado de nuestra alma, que debemos poner todo nuestro celo. Dios se ha dignado confiarnos nuestra alma como su propiedad y por eso debemos aplicar todo nuestro celo para cultivarla bien. Trabajemos entonces con todas nuestras fuerzas y con la ayuda de Dios para que cuando Dios quiera venir a su campo, es decir, a nuestra alma, lo encuentre totalmente cultivado, enteramente preparado y ordenado, que encuentre allí una plantación y no yuyos, que encuentre vino y no vinagre, que encuentre trigo y no la ebriedad. Si él encuentra todo aquello que agrada a sus ojos nos dará en cambio la recompensa eterna. Pero si encuentra un terreno lleno de yuyos él los condenará, con los mismos brotes de nuestras obras, al fuego eterno.

6. ¿De dónde proviene, hermanos, que pasemos tan frecuentemente por problemas y dificultades? Es porque Dios nos devuelve de la misma manera. No queremos amar nuestra alma que él sí ama, y él abandona a la perdición aquellas cosas que nosotros amamos. En efecto: lo que ha producido que nuestra alma se sienta seca, como consecuencia de las tribulaciones, fue debido a que la sometimos a la aridez de la cantidad de nuestros vicios y pecados. Por eso, como no hemos amado nuestra alma como Dios la ama, hemos perdido todo lo que amamos en este mundo. Por eso, hermanos muy queridos, que esto nos enseñe a amar más el alma que la carne y a preferir aquello que es eterno a lo que es perecedero. Porque todo lo que hagamos por el cuerpo un día morirá, sólo podrá subsistir aquello que cada uno haya atesorado en el cielo para la salud de su alma.

Que nadie quiera entonces excusarse diciendo que no sabe leer y que por esa razón no puede cumplir los mandamientos de Dios. Dios no nos pide grandes cosas, nada duro ni áspero. La justicia eterna clama en tu foro interior: así como administras tus propiedades, también administra tu corazón. Así como cultivas tus tierras, cultiva también tu alma. Así como sacas de tu viña las ramas secas, limpia también tu alma de las malas disposiciones. Si arrancas de tus viñas las cosas malas, corta inmediatamente de tu alma las iniquidades.

Si alguno no quiso podar la viña un año, sin embargo ese año produce en abundancia, pero luego quedará estéril y sin frutos. Así sucede con el que no saca de su alma los malos pensamientos y los malos deseos: parece lleno de los frutos de sus robos durante el año de esta vida en este mundo, pero enseguida quedará estéril para la eternidad. Y, como no ha producido frutos auténticos, el fuego eterno los quemará sin misericordia, como sarmientos lujuriosos e infructuosos, según la palabra del Señor: “Quemará la paja en un fuego inextinguible” (Mt 3,12). Así como tú amputas tu viña de todos los ramos superfluos y dejas sólo los dos o tres que son buenos, así también debes cortar de tu alma, con la espada del Espíritu santo y la reja de la Cruz todos los malos deseos que dirigen tu mirada de manera culpable sobre los bienes de otro y excitan tus deseos, y no mirar sino lo que lleva a la justicia y la misericordia.

7. Vosotros sabéis, hermanos muy queridos, de qué manera se cultiva la tierra. En primer lugar se arrancan los espinos, se sacan las piedras, luego se trabaja la misma tierra y así se vuelve a comenzar, una y tres veces. Cuando ya se ha hecho cuatro o cinco veces entonces se siembra como corresponde. Del mismo modo debemos hacer en nuestra alma, hermanos muy queridos. En primer lugar saquemos de raíz los espinos, es decir, los malos pensamientos. Luego saquemos las piedras, es decir, limpiémosla de

toda malicia y endurecimiento. Finalmente abramos y trabajemos nuestro corazón con el arado del Evangelio y la reja de la Cruz; rompámosla con la penitencia, hagámosla suave con la limosna, preparémosla con la caridad a la semilla del Señor a fin de que, habiendo limpiado y cultivado la tierra de nuestro corazón, pueda recibir con gozo la semilla de la palabra divina y dar fruto no sólo el treinta, sino el sesenta y el ciento por uno.

Hay tres estados en la santa Iglesia católica: el de las vírgenes, el de las viudas y el de los casados. Las vírgenes producen el ciento por uno, las viudas sesenta, y los casados el treinta. Sin duda uno produce más y el otro menos; pero todos están ocupados en la cosecha celestial, todos gozan felizmente y sin fin de la bienaventuranza eterna. Que las vírgenes, meditando en María, las viudas dirigiendo su mirada hacia Ana, las mujeres casadas hacia Susana, imiten su castidad en este mundo para merecer poder estar con ellas asociadas por la eternidad. Las vírgenes buenas, en efecto, que quisieron ser vírgenes no sólo en el cuerpo sino también con el corazón y la lengua, están asociadas a santa María con el resto del ejército de vírgenes. Las buenas viudas, aquellas que no son amigas del placer, ni chismosas, ni curiosas, ni envidiosas, ni orgullosas, sino las que sirven a Dios con ayunos, limosnas y oraciones, como hacía la bienaventurada Ana, se unen con santa Ana misma al número de miles de viudas. En cuanto a los casados que han conservado los dos su fe y que no han conocido a ningún otro, y si se han conocido entre ellos para tener hijos y no por simple placer, si han hecho limosna y obedecido, en cuanto pueden, los mandamientos de Dios, merecerán ser asociados en el gozo al santo Job, a santa Sara y a santa Susana, junto con los patriarcas y los profetas.

8. Os suplico, hermanos muy queridos, que repaséis sin cesar en vuestro interior, retened siempre los consejos que os damos para la salud de vuestra alma. No los recibáis de manera pasajera, pues nuestro sermón debe formar raíces en vuestro corazón para poder, en el momento de la retribución, producir con gozo frutos de vida eterna. Aquél que pueda retener enteramente lo que decimos, que dé gracias a Dios y que exponga a los demás, sin cesar, lo que ha retenido. El que no pueda recordar todo que al menos retenga algo. Y si alguno no puede recordar todo que cada uno recuerde al menos alguna frase, y al comunicarse mutuamente lo que oyeron, podrán, no sólo conservar en la memoria el conjunto de lo que cada uno guardó, sin que también lo podrán poner en práctica con la ayuda de Cristo.

Que cada uno diga al otro: yo oí que el obispo hablaba de la castidad. Otro: yo conservé en la memoria que habló de la limosna. Que otro diga: me ha quedado en la mente lo que dijo sobre el cultivo del alma, como si fuese el cultivo de la tierra. Que otro recuerde: esto es lo que yo retuve de las palabras del obispo: que el que sepa leer se aplique a leer las Escrituras, y el que no sabe debe buscar a alguien y obligarlo a leerle los preceptos de Dios, a fin de poder cumplir, con la ayuda de Dios, todo lo que oiga. Que otro diga: yo oí que el obispo decía que, así como los comerciantes que no saben leer utilizan los servicios de los instruidos para ganar dinero, así los cristianos debemos buscar, suplicar, y si es necesario pagar a uno que lea las Sagradas Escrituras para que, como un comerciante gana dinero gracias a otro que sabe leer, ellos ganen la vida eterna.

Si hacéis así, si os exhortáis mutuamente, podréis vivir en este mundo fielmente y, más tarde, podréis llegar a la vida eterna. Pero si, al salir de la Iglesia, olvidas todo lo que has oído decir al obispo, has venido sin provecho al templo, retornarás a tu casa con las manos vacías. Pero que no sucede esto con vosotros, hermanos, que más bien se realice en vosotros lo que está escrito: “Dichosos los que guardan el derecho y practican la justicia en todo momento” (*Sal* 105,3); y también: “Pero la misericordia del Señor se extiende desde el comienzo y por los siglos de los siglos sobre aquellos que le temen; su justicia pasa de hijos a nietos para aquellos que guardan sus mandamientos y los retienen en la memoria para cumplirlos” (*Sal* 102,17-18).

Que el Señor, en su bondad os conduzca a esa misericordia».

Si a esta perspectiva tan sencilla le agregamos lo que un autor antiguo, de la misma región de la Galia, había dicho hacía ya ciento cincuenta años (Juan Casiano): que basta retener un solo versículo de los salmos y repetirlo toda la vida, para que se abran los secretos de las

Escrituras y de la verdadera vida de oración (Colación X), entonces veremos que los caminos que trazaron estos maestros de la vida espiritual son muy sencillos. Y ello se debe a que, el estado de oración (no simplemente la actitud) es connatural al alma y, una vez despojada de todo el bagaje inútil, brota espontáneamente en el alma, uniéndola al Señor en cada momento del día.